

GERARDO EN EL COLUMPIO

A caballo en el quicio del mundo
un señor jugaba al sí y al na.
G. D.

¿Cómo está Gerardo y quién es? ¿Es ese de acertado nombre nervaliano que con *Imagen* (1922) y *Manual de espumas* (1924) metió al ultraísmo y a las extranjerías francesas en la España tranquila de su tiempo? ¿O acaso el autor de los sonetos que embozados de neoclasicismo respiran un nuevo tiempo en su *Alondra de verdad*? ¿Es un poeta o es un profesor, ese ceremonioso, exigente don Gerardo Diego Cendoya, catedrático para mayor solemnidad, licenciado de filosofía y letras, que ha hecho sus oposiciones y enseña retórica en provincias y luego en Madrid? ¿Acaso es el iconoclasta que todavía en 1945 podía ser evocado por un amigo "con la sangre en la cara, dos branzas a los ojos", arrancándose furioso con una tirada de indignación: "¡Es intolerable! Esos carcamales de la Academia... ¡lo que han hecho con Góngora!...!" ¿O aquél, desde 1947 miembro de esa misma academia a la que quería hacer volar con manifiestos fu-

riosos, un integrante inquieto por la falta de gramáticos en la "docta asamblea"? ¿Un poeta o un músico tímido que le dice a Manuel de Falla: "Estríbillo, estríbillo, estríbillo, el canto más perfecto es el canto del grillo" o que se tutea con esos músicos que en el fondo eran poetas tímidos: "Sonidos y perfecto es el canto del grillo"? ¿El poeta para quien la política es cosa de tontos o el hombre que vive en ella en armonioso silencio?

Ya dijo él en el prólogo de su *Primera antología*: "Yo no soy responsable de que me atraigan simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro; de que me encante el arte nuevo y me extasie el antiguo; de que me vuelva loco la retórica hecha, y me torne más loco el capricho de volver a hacerme —nueva— para mí uso particular e intransferible. Hay horas para explorar por esos mundos y horas para encerrarse a solas con sus recuerdos". Es así como él lo ha dicho: no es responsable, y es esa irresponsabilidad la que en nuestro siglo XX ha singularizado una de las dos vertientes del ultraísmo. Unos se hicieron respon-

sables y otros se sintieron irresponsables; unos se fueron por el lado de Vallejo y otros por el lado de Diego.

Poeta, poeta sin duda; ingenioso, a imagen del deslumbrante Góngora en cuya rehabilitación intervino con la *Antología* en su honor; sutil y musical con el esguince entre culto y achulado; parafraseante por legítima admiración de tantos poetas, Machado, Vallejo, Valla, y glosador de una poesía que este stento profesor conoce y enseña bien; pulcro armonizador de tantas corrientes y tantas escuelas poéticas, es esta actitud de relector, de recreador, la que le ha puesto un signo original en la frente, que no por pequeño puede desdenarse.

Ya se sorprendía Dámaso Alonso de la difusión de la poesía de Gerardo Diego en América, aunque no observaba que ese conocimiento iba acompañado de una tranquila justipreciación que ubicaba esta perfección formal, menor y graciosa, en el sitio discreto que merece junto a los más voraces, más dotados poetas de la generación del 26. Hace treinta años estuvo en Montevideo y nos habló de Fray Luis; hoy



hablará de la poesía y la niñez, porque como él dijo, "hay horas para encerrarse a solas con sus recuerdos".

A.R.